

La calle para el viernes 1 de julio de 2011
Diario de un espectador
El arte de Scherezada
Miguel ángel granados chapa

Aun quienes que no han tenido jamás en sus manos un ejemplar de alguna versión de *Las mil y una noches*, sabe que Scherezada salvó su vida contando al califa, al fin de cada día, una historia sugerente y bien narrada.

Todavía mejor es el relato que hace José de la Colina, escritor mexicano nacido en España, sobre su relación con aquel libro mágico. Aparece en *Biblioteca de México*, la espléndida publicación de ese establecimiento de lectura, dirigida por Eduardo Lizalde y editada por José Antonio Montero:

“Mi primer contacto con *Las mil y una noches*, ocurrido en mis primeros años, lo debo a un libro de cuentos para niños de la famosa editorial Calleja que entre sus grandes y coloridas láminas ostentaba un espantoso gigante surgido de la cima de una retorcida columna de humo oscuro que interrumpiendo el horizonte marino, a su vez surgía de una pequeña ánfora caída en una playa y a los pies de un viejo pescador vestido como un ‘arabe de cuento’. Aquella ilustración me causaría alguna noche de espanto por el aspecto monstruoso del genio, y aún más cuando leí la breve pero vertiginosa de éste en la página de enfrente: ‘El grande y terrible Salomón, para castigarme por haberle desobedecido me encerró en esta vasija y durante mis primeros cien años de prisionero juré que haría rico al hombre que me liberase, pero nadie lo hizo, y pasaron otros cien años, y otros cien, y miles de años, y yo prometía aún más riquezas y enormes poderes a mi anhelado liberador y él continuaba sin aparecerse y durante los miles de siglos: siguientes fue llenándose de rencor y odio y juré que si algún hombre me sacaba de la prisión, lo mataría por haberme hecho esperar tanto; y como para tu desgracia eres tu mi liberador, te pregunto de qué manera prefieres morir, porque voy a matarte’. Algo después, habiendo despertado por la noche, enredado entre las sábanas y como apresado en ellas por casi un minuto, consideré con terror la idea de las vasta longitudes del tiempo insufrible que sugería el cuento.

“Por otros motivos aquellos *Cuentos de Scherezada* marcarían mi niñez, o mejor dicho la huidiza memoria de mi niñez. La misma palabra Scherezada, que misteriosamente sólo estaba en el título y ya no reaparecía en una sola página del libro, el cual era, por supuesto, una adaptación y una simplificación ‘ad usum Delphini’ de *Las mil y una noches*. Creí que Scherezada sería el nombre de algo o alguien pero ¿qué nombraba o a quien evocaba? Sospeché que podía ser el nombre del país en el que sucedían esas maravillosas y a veces terribles historias; un ilimitado paisaje sin fronteras, con desiertos, mares, selvas, palacios, reyes, princesas, marineros, pescadores, genios e incontables monstruos y prodigios, y un

califa al parecer inmortal llamado Harún Al Raschid. No era el país de Scherezada, sino el país Scherezada, que estaba en este planeta, pero más allá y por encima de cualquier horizonte, como un espejismo flotante entre el cielo y la tierra. Sólo algo después, en las cercanías de la adolescencia, un film hollywoodense, hecho en *wonderful arabian technicolor*, según la publicidad en las carteleras de los cines y con el título en español de, sí, Las mil y una noches, me quitó esa ilusión para compensarme con otra. Ahora ya sabía que Scherezada era una mujer con el rostro y los ojos oscuros y las rítmicas caderas de la bella actriz dominicana María Montez”.